

soberanos egipcios, pequeños grupos de hombres, mujeres y niños de los pueblos del Oeste emigraban á Egipto para dar espectáculos como bailarines, luchadores y gimnastas, al igual que hoy visitan aquel país con el mismo objeto los moghrebinos procedentes de las propias comarcas y pertenecientes á iguales grupos de pueblos que aquéllos.

Los beni-mzabes son un pueblo verdaderamente mercantil: todos los adultos varones se dedican al comercio y tienen en Mzab y en las comarcas argelinas y tunecinas sus factorías y colonias en las cuales comercian con el mayor número de artículos posible y realizan negocios de cambio. Las caravanas de los chaambas y de los habitantes de Tuat les ponen en comunicación con los oasis del Sud, del Este y del Oeste del Sahara, siendo especialmente animado su tráfico con Tuat y Tidikelt. Ben-Isguen (en Mzab) es una importante ciudad comercial, aun en el sentido que á esta palabra damos los europeos. Esta actividad hace que algunas ramas del antiguo pueblo bereber no sean pobres aunque lo parezcan, sorprendiendo su riqueza cuando la casua-



Sello del Estado abisinio (Según Rohlf's)

lidad la pone en descubierto. La Kabilia, por ejemplo, es mucho más rica en dinero de lo que permiten sospechar sus miserables aldeas y la sencillez con que visten sus habitantes, como lo prueba el haber sido pagada casi inmediatamente, según refiere Gaffarel, la enorme contribución que á las kábilas impuso el general de Gueydón después de la sublevación de 1871. Desde que la Argelia y Túnez están sometidos á la administración europea, los kábilas, los krumires y demás camaradas acuden en gran número á las ciudades en donde prestan buenos servicios como obreros y como criados, y de donde regresan con los salarios ganados con los que compran un fusil, una esposa, terreno para edificar una vivienda y comestibles.

La condición de la mujer es mucho mejor en los pueblos bereberes que en los árabes y especialmente en los semitas; y sin embargo existen entre aquéllos una porción de prácticas y usos que parecen indicar lo contrario. El hombre compra á la mujer y puede repudiarla sin que tenga ella siquiera el derecho de defenderse, y cuanto más trabaja el varón tanto más hace pesar sobre su esposa las más duras faenas; en cambio, la mujer interviene en los asuntos públicos y puede heredar. Entre los bereberes las santas abundan tanto y son tan veneradas como entre los cristianos; la poligamia no ha penetrado en este pueblo y las hembras kábilas, por último, han estado en las luchas de sus hombres á la altura de las mujeres de los cimbríos y de los teutones. Los bereberes no sienten por las mujeres gordas la predilección de los árabes y estiman en mu-

cho los ojos y el talle de gacela. La condición elevada de la mujer entre los bereberes data de los tiempos preahometanos, puesto que Mahoma se mostró muy mezquino al fijar la condición de las mujeres, aun de las creyentes. En algunas tribus berberiscas el heredero no es el hijo mayor sino el hijo de la hija mayor, y al Sud del territorio de Marruecos encontró Rohlf's entre los bereberes que la *sauia* de Karta, corporación religiosa y tribunal supremo eclesiástico para toda la cuenca del río Ghir, no estaba gobernada por el jefe varón sino que la esposa de éste era la que despachaba los asuntos religiosos. En cada aldea sólo hay una mujer despreciada, la *kuata* ó unidora, que aun cuando no concierta más que matrimonios y es, por ende, una persona indispensable atrae sobre sí el odio que se profesa á quien hace de mediador en intrigas amorosas.

La base política de los bereberes es el municipio, la *djemaa*, pequeña república soberana, cuya independencia es defendida con verdadera pasión. Ya hemos visto cuán grande es el fraccionamiento de este pueblo: Ethicus describe la Libia como comprendiendo «2 mares, 17 islas, 6 montañas, 12 provincias, 64 ciudades, 2 ríos y gentes mazices multas.» Pero también ha sido desde muy antiguo reconocido su amor á la independencia como lo indica el nombre de *maxyos*, *maziges* (libres, independientes) que se les dió viniendo, pues, á llamarse como los francos. Por esto algunos franceses les saludaron después de la revolución de Julio como afines de nombre y de ideas. La causa de las largas guerras de los franceses contra las kábilas fué, en el fondo, el desconocimiento por parte de aquéllos de este principio de autonomía local. La aldea es para el bereber el Estado y el gobierno reside en la *djemaa*, asamblea de todos los hombres de la aldea de reconocida madurez de juicio á la que incumben la administración y la justicia, la guerra y la paz, la legislación y el señalamiento de impuestos y cuyos acuerdos ejecuta el *amina*, especie de burgo-maestre elegido por sus compañeros de aldea mayores de edad: esta elección suele recaer en un individuo de alguna familia influyente, en la que esa dignidad es á menudo hereditaria durante muchas generaciones, y en ella el derecho de proposición corresponde generalmente al morabito. La soberanía de la *djemaa* está hoy limitada por la oposición religiosa, por la costumbre de la venganza (*rebka*), por la de la *anaia* ó protección verdaderamente sagrada prometida á un individuo ó á una aldea y atestiguada por algún presente que hace inviolable al que es objeto de ella, por el derecho exclusivista de los mercados y sobre todo por las asociaciones voluntarias que bajo el nombre de *sofs* se nos presentan en mil formas distintas. El trabajador se asocia con el propietario, algunos labradores se asocian para cultivar una planta determinada y las mujeres para criar gallinas ó patos, habiendo también *sofs* para fines políticos.

Estas asociaciones enlazadas con la venganza engendran partidos cuyas luchas mantienen abierto por espacio de algunas generaciones un abismo entre tribus enteras y amenazan con producir un estado de fuerza en el cual la asociación se resiste á cumplir las sentencias de la *djemaa* cuando son desagradables para alguno de sus miembros. Es muy común en los pequeños municipios que las fuerzas de dos *sofs* resulten tan equilibradas dentro de la *djemaa* que sus respectivas acciones se neutralicen mutuamente. La *djemaa* se reúne generalmente en un espacio abierto situado en el centro de la aldea, estando tan arraigada la institución de los *sofs* que á menudo, como en nuestros parlamentos, los asientos de la derecha y los de la izquier-

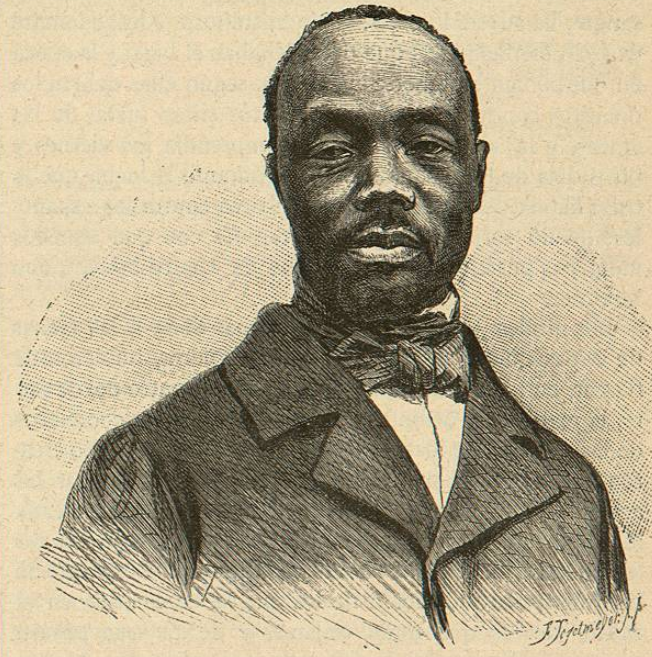
da están tradicionalmente ocupados por dos distintos *sofs* que un año y otro se combaten desde los mismos sitios.

Estos *sofs*, al traspasar los límites de una aldea han dado origen á confederaciones beneficiosas que se opusieron siempre á las invasiones de los pueblos conquistadores cuando no bastó para atajar á éstos la resistencia aislada de las aldeas. Los krumires, que en 1881 dieron á los franceses pretexto para la campaña tunecina, formaron al igual que sus vecinos los uchtetas una confederación de cuatro miembros: 1.º los *stules* con 14 jeques y 3.500 fusiles; 2.º los *detmakas* con 14 y 4.000; 3.º los *mselmas* con 12 y 2.400, y 4.º los *chihias* con 9 y 2.500. La mayor parte de esta población vive en tiendas ó en *gums*, lo cual explica, quizás, la facilidad en formar asociaciones por el estilo de las de los árabes. Asociaciones de índole análoga pudieron también ser los «principados» berberiscos de que se habla en la época de transición de la soberanía indígena á la árabe y posteriormente á la turca, tales como los de Kuko, Beni Jubar y Abés que Marmol menciona en la actual Kabilia en el segundo tercio del siglo décimosexto. Desde el momento en que Marmol habla de «bereberes y azuagheres» de Kuko como de gentes guerreras que durante mucho tiempo no reconocieron á ningún soberano ni pagaron tributo alguno ó de los habitantes de Abés, hemos de suponer que no se trata de soberanías dotadas de una cohesión absoluta. Los árabes, á pesar de sus éxitos en lo religioso, hubieron de sentir los efectos de este espíritu de independencia y dieron el nombre de El-Adna, país de los enemigos, á lo que los romanos denominaron *Mons ferratus*. Los turcos no sojuzgaron á las kábilas montañosas por la violencia ni sobornando á sus príncipes sino explotando sus propias contiendas intestinas. Algunas tribus kábilas se mantuvieron independientes en la Kabilia hasta la invasión de los franceses; en otras tuvieron los turcos el derecho de la investidura y de algunas percibieron un tributo nominal.

Estos cambios, empero, han modificado muy poco la organización de la tribu, como lo demuestra el hecho de que de las cinco tribus principales de las kábilas citadas por Amiano Marcelino (tendenses, massinenses, isafenses, jubalenis y jesalenses), tres subsisten en los imsises, ifissis (fissas) y beni-jubares de la actual Argelia. Como vecinos de estas tribus menciona Julio Honorio á los baoures y abennes, hoy llamados babores y ait-aben. No lejos de las ruinas de Ruzasu habita la tribu kábila de los azuzes y en la tantas veces nombrada Djurdjura reaparece la Girgyrio de Ptolomeo. Desde los antiguos tiempos existe generalmente en cada distrito de tribu una aldea de la cual se elige con preferencia el jeque de aquélla, procediéndose todavía así aunque la aldea citada haya llegado á ser la más pobre y pequeña.

La conquista árabe ha dado á esta primitiva organización política indígena cierto barniz nómada que desaparece en algunos territorios, como por ejemplo en Túnez en donde tan vigorosamente representado está el elemento sedentario. La base de la organización administrativa del país no es el distrito sino la tribu: el soberano del territorio nombraba el *kaid* que figuraba al frente de ésta y que tenía á sus órdenes á los califas y jeques de los grupos inferiores. Un *kaid* es un pequeño soberano y su soberanía propia queda poco perjudicada por el nombramiento de un juez (*kadi*) hecho por el señor del país; más peligrosos son para él los morabitos y las *sauias* cuando el *kaid* no sabe asimilar los intereses de unos y otras á los suyos propios. Esta organización de tribus, tan firmemente establecida entre los seminómadas krumires, maknas y otras tribus

kábilas como entre los mismos árabes nómadas puros, constituye la mayor dificultad para los soberanos extranjeros del país. El mismo dey de Argel y aun el bey de Túnez hubieron de contentarse con dominar inmediatamente sólo á sus más próximos vecinos, soliendo ser nominal su soberanía en las montañas y en el desierto: el bey, á pesar de que el país sometido á su autoridad no era muy grande no gobernaba, fuera del litoral, más que la llanura de Medjerta. Estos territorios fértiles, de fácil acceso y habitados por una población laboriosa y por ende poco guerrera constituían los desdichados dominios de un príncipe que percibía de ellos impuestos y derechos de aduanas con los cuales saciaba la codicia de sus funcionarios, soldados, favo-



Un negro (nuba?) de Kordofán (De una fotografía de la colección de Pruner Beis).

ritos y usureros. En el Sud la autoridad del gobernador de Kairuán era mayor que la del bey puesto que á él estaban directamente sometidas las tribus nómadas, pero desde que éstas se agruparon formando dos grandes confederaciones al frente de las cuales estaban los urghemmas en la frontera tripolitana y los beni-zides al Sudoeste de Gabés hicieron poco menos que independientes ó midieron á su antojo el grado de dependencia á que se sometían.

Los bereberes son una raza guerrera que nunca se sometió por completo de buen grado al yugo extranjero: los romanos hubieron de sostener grandes guerras con tribus bereberes en el año 24 antes de J. C. y en los años 17 (Tacfarinas), 69, 286, 372 y 426 después de J. C. «Pueblos los más indómitos de la Mauritania, protegidos por sus montañas que son sus naturales fortalezas» llama un antiguo historiador á los *quinquegentios* que se sublevaron en los últimos citados años y cuya situación geográfica coincide con la de las actuales kábilas. Los franceses al conquistar la Argelia hubieron de comenzar por sojuzgar primero á los turcos y luego á los árabes y mucho tiempo después quedaban aún como resto independiente de aquella población las kábilas que sólo á fuerza de largas y difíciles luchas pudieron ser domeñadas.

Su misma organización pacífica sírveles, en general, para fines guerreros de modo que puede llegar á dudarse de cuál de los dos objetos fué el primero y más importante. Todos los varones de 16 á 60 años están sujetos al servicio militar:

cuando los niños han cumplido los 16 años son incluidos, pasado el primer Ramadán, en la djemaa y declarados aptos para las armas; la lectura del Fatah da á esta ceremonia la consagración religiosa. Prescindiendo de las expediciones de saqueo que contra las tribus enemigas se llevan á cabo al amparo de las sombras de la noche, la guerra se hace según formas determinadas, declarándose por medio de emisarios especiales y terminando con un tratado de paz. El cambio de bastones ó de fusiles hace inviolable un armisticio. Desde que los franceses han extendido su soberanía sobre las kábilas, los krumires y otras tribus, sus autoridades han trabajado cuanto han podido para acabar con las luchas, gracias á lo cual á las colisiones públicas, en las que á menudo no se derramaba ni una sola gota de sangre, ha sucedido el asesinato misterioso. Antiguamente existían ciertas reglas que determinaban el lugar y la época en que podían sostenerse las luchas: según ellas debían los opuestos bandos contender en ciertos sitios fuera de las aldeas, y la «tregua de Dios» comprendía los viernes y otros días de la semana. Marmol, durante la lucha que la tribu kábila de los beni-jubares sostuvo contra los españoles, quedó sorprendido ante la rapidez con que aquellos indígenas pusieron sobre las armas en cuatro horas 4.000 hombres.

Los mzales, tribu por naturaleza más dada á las faenas de la paz que á los estrépitos de la guerra, hubieron de buscar, en medio de su aislamiento en el centro del desierto, la manera de defenderse de los tuaregs tan codiciosos de las riquezas de los habitantes del Mzab y para ello crearon una organización militar que fué bastante á evitar las agresiones de las tribus de los alrededores. Hay en cada mezquita una tabla ó papel en donde están continuados los nombres de todos los hombres útiles para el servicio de las armas, con indicación de los que se encuentran en el Mzab, de los que están viajando y de los que poseen un caballo ó un mulo. Todo mzab viene obligado á tener un fusil, una pistola, un sable y una cantidad determinada de pólvora y de balas. Todas las ciudades del Mzab están cercadas por una muralla en cuyas torres hacen constantemente centinela varios habitantes armados. Pero á pesar de esta organización, los beni-mzabes han tomado á menudo á sueldo á las tribus nómadas del desierto, especialmente cuando estallan entre ellos luchas intestinas.

Los bereberes se han convertido en su mayoría aparentemente al islamismo, bien que aceptando dentro de éste una tendencia más bien supersticiosa que creyente; pero nada dará mejor idea de la fuerza de este barniz mahometano que el hecho de que los mismos franceses no pudieron durante mucho tiempo ponerse de acuerdo acerca de la diferencia entre árabes y kábilas, señalando sus propios historiadores como una grave falta de la administración francesa la de confundir aún en 1850 á unos con otros, lo cual demuestra cuán arabeizados debían estar el traje y las costumbres. Los chelluhes, los kábilas, etc., no carecen del talento del fanatismo tan necesario para ser verdadero musulmán y los santos y santas son entre ellos tan venerados como entre los árabes: junto á la tumba de algún santo establécese toda su descendencia, surgiendo de esta suerte aldeas sagradas de notables proporciones. Hooker refiere que habiendo descendido desde el Atlas marroquí al valle de Aid-Mezán, vió en el lado opuesto emplazada á mitad de una colina una aldea que era Muley Ibrahim el santuario más célebre de todo aquel país montañoso. A la vista de los altos muros del santo sepulcro ó *sauia* las gentes de su séquito rezaron en alta voz, se arrojaron en tierra con la cara vuelta al suelo y terminaron sus preces depositando cada

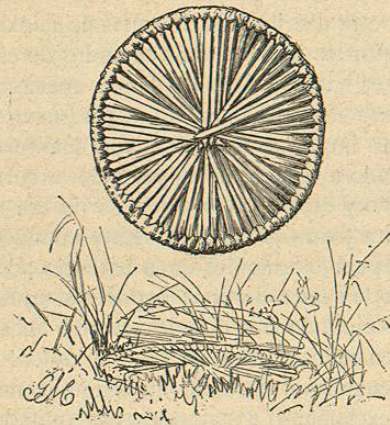
uno una piedra en el camino que por todas partes aparecía lleno de esta clase de montones de piedras votivas. Además cada aldea de la Kabilia posee, á ser posible, su santo especial cuya adoración reviste una forma en extremo intensa, gracias al exagerado patriotismo local de estas gentes. Las rivalidades sobre la mayor ó menor santidad y poder milagroso de un morabito han sido no pocas veces causa de sangrientas luchas entre dos aldeas.

La plenitud de poderes de la djemaa evita que los morabitos bereberes lleguen á tener la decisiva influencia de que gozan entre los árabes, y por esto los sacerdotes hereditarios viven independientes con sus familias y adeptos en esas aldeas propias. El poder de los morabitos está, además, limitado por los *khuanes*, miembros de las hermandades, que reproducen en la esfera religiosa el sistema de los sofs y entre los cuales se notan á menudo tendencias á dominar á aquéllos. A pesar de todo esto, los morabitos han desempeñado con frecuencia en las sublevaciones de las kábilas un papel principal análogo al que sus colegas han representado en las contiendas de los árabes, llegando hasta á llevarse consigo su iglesia. Carette vió en la aldea de Ilmatén (Kabilia) una mezquita de dos pisos; en el bajo había una fábrica de pólvora y en el alto el espacio destinado á las oraciones. Los morabitos emplean en los tiempos ordinarios su influencia en promover la paz y apaciguar contiendas, y el derecho que tienen á ser considerados y á ejercer influjo nace, más que de la dignidad heredada, de su erudición relativa y del hecho de ser la encarnación del cumplimiento de la ley en una sociedad ignorante y poco religiosa.

El bereber, al revés que el árabe, se preocupa muy poco de las abluciones que su religión prescribe, quebranta á menudo durante el Ramadán los ayunos, come sin escrupulo carne del jabalí que devasta su campo y bebe con deleite el aguardiente de higos que á fuerza de trabajos logra destilar. En cambio está dispuesto á servir al morabito que se sustrae á los placeres y sobre quien pesan todas las cargas, cultivando su campo, construyendo su casa, alimentándole y vistiéndole, si es necesario, sufriendo resignado sus reproches y sus insultos y sometiendo dócilmente á su crítica. El morabito ocupa frecuentemente el puesto de honor en las asambleas populares, sentándose en el centro del concurso, y apacigua los ánimos con mayor facilidad que el más hábil orador laico; así consigue tener una situación preponderante fundada en la superioridad moral. Los observadores que han estudiado á los bereberes y á los árabes dicen que aquéllos son menos religiosos que éstos. El general Daumas observa que las kábilas del Djurdjura no creen en el «mal de ojo» ni en los amuletos, tan generalizados entre otros norteafricanos, pero este aserto no es exacto enunciado en absoluto. Quizás su sistema de vida más activo no les permite ser tan supersticiosos como los árabes, pero al igual que éstos consideran cada día de la semana bueno ó malo para ciertas cosas (el lunes, el jueves y el sábado son nefastos para emprender un viaje, el martes para la guerra y el jueves para los casamientos) y casi nunca salen de su casa sin haber conjurado á los malos espíritus: una liebre ó una corneja anuncian desgracia, dos cornejas suerte, lo propio que un chacal que cruce de un salto el camino, etc. Sería interesante saber qué resto de antiguas creencias conservan los bereberes cuya historia religiosa es tan accidentada.

Los mzabes, aunque mahometanos, no pertenecen á ninguno de los cuatro grandes ritos musulmanes sino al numeroso grupo de aquellos que los verdaderos creyentes llaman herejes: su religión se basa en la *Kamsia* (la quinta

letra del Alcorán); no reconocen los comentarios, ni toleran la aristocracia religiosa de los morabitos, ni creen que la virtud pueda conferirse por la simple imposición de un nombre; han conservado un porción de prácticas que parecen proceder del cristianismo ó del judaísmo (sus sacerdotes se lavan las manos después de la comunión y en sus mezquitas hay, como en las sinagogas, pequeños aposentos con bañeras) y en determinadas épocas del año se reúnen para orar en los cementerios y celebrar después una comida en una casa especialmente destinada á ello. Entre los bereberes como entre los tuaregs (en quienes Duveyrier pretende ver por esta razón á antiguos cristianos) la cruz es un símbolo muy usado en los tatuajes, amuletos, etc., pero según parece, esta figura geométrica tuvo una significación simbólica mucho antes del cristianismo. Marmol, en su descripción de los beni-jubares, dice: «Los habitan-



Trampa para coger gacelas, en el territorio Atbara (Taka). (Museo para Etnografía, Berlín).

tes son azuaghes de los que se pintan cruces en el rostro y en las manos y constituyen un pueblo valeroso pero tan brutal, que por nada se matan unos á otros.»

La erudición islámica de los bereberes no es mucha ó no se hace de ella gran caso. El moghrebino, dice Maltzán, es tenido por los demás mahometanos como modelo de ignorancia por la mucha dificultad con que habla el árabe y por cierta torpeza que le caracteriza. Y sin embargo los bereberes han sabido, á fuer de prácticos, sacar mucho más partido que los árabes de las escuelas que los franceses han fundado en sus territorios; los beni-mzabes, que desde muy temprana edad explotan el trabajo de sus hijos, no olvidan en manera alguna su educación espiritual y les obligan á pasar muchas horas en las escuelas sostenidas por los tolbas junto á las mezquitas, en donde además de la religión y de las leyes del país aprenden á leer, á escribir y á contar. Para la enseñanza se emplea la lengua árabe por más que la berebere sea la usual en la vida ordinaria. Muchos mzabitas hacen aprender á sus hijos los rudimentos del francés que la generación nueva casi sin excepción entiende y habla y que no pocos adultos escriben. La educación de los beni-mzabes es sumamente ruda: los niños han de levantarse muy temprano y sacar durante muchas horas agua para regar los huertos; luego tienen que ir á la escuela y las horas que estas ocupaciones les dejan libres han de ocuparlas en el ejercicio de alguna industria, así es que muy rara vez se ve á un niño jugando.

¿Qué queda, pues, por decir del porvenir de estos pueblos dotados de tan felices disposiciones y á pesar de ello hasta ahora tan pasivos históricamente considerados? Poco, casi nada sabemos de los bereberes marroquíes y habremos, por ende, de limitarnos á hablar de los argelinos, de los

cuales puede decirse que han pasado por pruebas que bien acreditan su valía. La gran mayoría de los autores opinan que de las dos razas, los árabes constituyen la más estable, la menos propicia á aceptar la cultura, al paso que los bereberes son la más voluble, la menos refractaria á extrajeras impresiones, aunque durante siglos la más oprimida y sojuzgada. Francia puede, si sabe proceder con acierto, sacar de los bereberes el núcleo de una excelente población argelina y hacer de ésta una poderosa aliada para su obra de civilización en el continente africano.

CAPITULO X

EL ALTO PAÍS ABISINIO

«Abisinia, comparada con el resto de Africa puede resultar en muy buenas y en muy malas condiciones.»

WERNER MUNZINGER.

La fortaleza de montañas del Este de Africa. — Descenso abrupto hacia el exterior y abundante ramificación en el interior. — Distribución de las aguas. — Dificultad del tráfico. — Tendencia natural hacia el lado oriental. — Fraccionamiento del pueblo. — Clima. — Flora y fauna.

Apoiada en las anchas mesetas del país somalí, álzase como un baluarte y avanzando hacia el Norte una región montañosa formada por elevadas mesetas que se amontonan á modo de gigantescas gradas, que por el Oeste y por el Norte desciende abrupta hasta los bajos valles del Nilo y por el Este cae sobre el Mar Rojo y sobre las llanuras del Samhara, uno de los territorios más calurosos del Africa. Esa comarca montañosa, por algunos calificada de «Suiza africana» y por otros celebrada como «fortaleza de peñas parecida al Königstein, pero grande como el Estado prusiano», no se presenta al Este tan escarpada, por más que un país montañoso cuya cima alcanza la altura de 4.620 metros siempre ha de destacar de un modo muy acentuado entre los pantanos y las sabanas del territorio del Nilo central. En el sinuoso valle del Nilo Azul nace el único camino suave que conduce al corazón del país montañoso hasta el lago Tanna, el más septentrional y el primero descubierto de los lagos fuentes del Nilo, situado en un precioso sitio de la cordillera á 1850 metros de altura. De aquellas anchas masas de colinas que llegan á convertirse en montañas fórmase la región montañosa cuyas comarcas más fértiles y casi tropicales por su vegetación figuran en este lado tan abundante en aguas.

La superficie de este país es muy accidentada y únicamente en muy limitados territorios destaca en la cordillera el carácter de meseta. Aun allí donde las capas de piedra arenisca acusan una tendencia hacia las formaciones planas, la fuerza erosiva del caudal de aguas verdaderamente tropical ha ido abriendo profundos y estrechos valles de paredes casi cortadas á pico y rajando, en las llamadas *ambas* (bloques colosales de roca), masas enteras de capas sedimentosas hoy convertidas en fortalezas naturales, cuyos muros apenas pueden ser escalados con cuerdas y con escaleras y que apoyadas como contrafuertes en las gradas que detrás de ellas se alzan, se desarrollan hacia el exterior formando torreones y baluartes aislados. Rüppell compara el espectáculo que aquí se ofrece con un campo de ruinas de una ciudad templo egipcia. En cuanto á los dueros y atrevidos perfiles de estas fragosas sierras, sólo pueden ser comparados con los de las dolomitas del Sud del Tirol. «Todo aquí recuerda el carácter de los altos Alpes europeos» dice el sobrio Rüppell hablando del territorio mon-